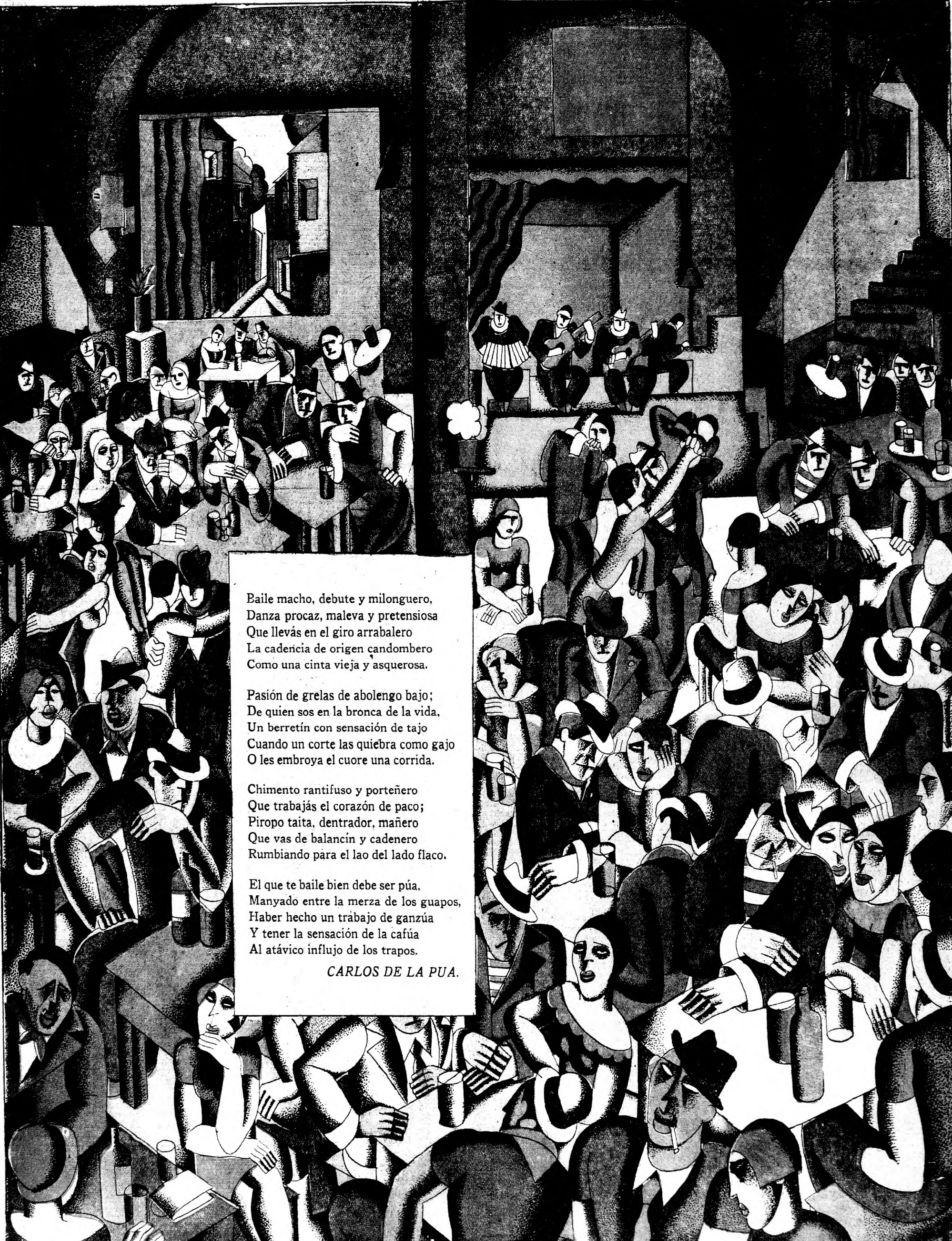
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

# JORNADA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 8 | SABADO, SEPTIEMBRE 19 DE 1931 | Edición de 6 páginas

## POEMA PARA UN TANGO VIEJO [illegible]



Baile macho, debute y milonguero,
Danza procaz, maleva y pretensiosa
Que llevás en el giro arrabalero
La cadencia de origen candombero
Como una cinta vieja y asquerosa.

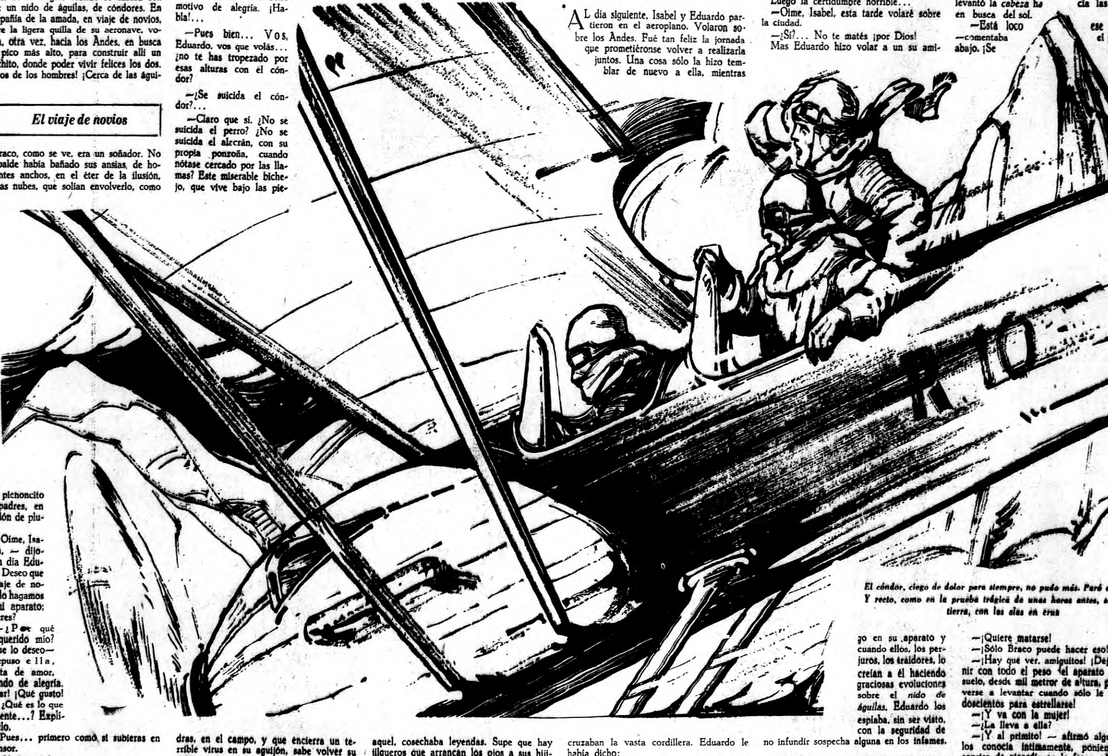
Pasión de grelas de abolengo bajo;
De quien sos en la bronca de la vida,
Un berretín con sensación de tajo
Cuando un corte las quiebra como gajo
O les embroya el cuore una corrida.

Chimento rantifuso y porteñero
Que trabajás el corazón de paco;
Piropo taita, dentrador, mañero
Que vas de balancín y cadenero
Rumbiando para el lao del lado flaco.

El que te baile bien debe ser púa,
Manyado entre la merza de los guapos,
Haber hecho un trabajo de ganzúa
Y tener la sensación de la cafúa
Al atávico influjo de los trapos.

*CARLOS DE LA PUA.*

# ¡Braco! ¡Braco!



*El cóndor, ciego de dolor para siempre, no pudo más. Paró el motor. Y recto, como en la prueba trágica de unas horas antes, se vino a tierra, con las alas en cruz*

EDUARDO BRACO había resultado en varias ocasiones un verdadero *loco de los aires*. Sus señaladas proezas permanecerán escritas, para siempre, en los anales de la aviación. Rival del cóndor, habíase cernido sobre los enhiestos picachos de la Cordillera Andina. Voló sobre Chile, a una altura en verdad no superada por nadie, hasta ahora. Por ello y por otros hechos más, hubo de recibir, — justo premio a su valor heroico, — el homenaje fervoroso de cien pueblos distintos, que viéronle llegar, mensajero del talento, *del gesto gallardo, aeronáuta del ensueño, en el Pegaso de su quimera*. Sus ojos, llenos de azul y de sol, bañados en la luz de todos los cielos, parecían dormir, de par en par abiertos, en un sueño de felicidad, de dicha perfectas.

Amaba a Isabelita Lavalle. Queríala como las águilas a sus nidos... Y esto haría él de su hogar, cuando se casara con ella: un nido de águilas, de cóndores. En compañía de la amada, en viaje de novios, sobre la ligera quilla de su aeronave, volaría, otra vez, hacia los Andes, en busca del pico más alto, para construir allí un ranchito, donde poder vivir felices los dos. ¡Lejos de los hombres! ¡Cerca de las águilas!

## El viaje de novios

Braco, como se ve, era un soñador. No en balde había bañado sus ansias, de horizontes anchos, en el éter de la ilusión, en las nubes, que solían envolverlo, como a un pichoncito sus padres, en edredón de plumas.

—Oime, Isabelita, — díjole, un día Eduardo. Deseo que el viaje de novios lo hagamos en mi aparato; ¿quieres?

—¿Por qué no, querido mío? Sí que lo deseo— le repuso ella, loquita de amor, saltando de alegría. ¡Volar! ¡Qué gusto! ¿eh? ¿Qué es lo que se siente...? Explícamelo.

—Pues... primero como si subieras en ascensor.

—¿Y después?

—Como si fueras en una góndola, por un lindo canal veneciano.

⁂

SE han emborrachado de vino? ¿De opio? ¿De placer? ¿Saben de esa *terrible* borrachera de los novios en los primeros días de boda? Pues unan todas esas borracheras juntas con esta otra borrachera de azul, con este *maldito* deseo de volar que ha prendido en los hombres y sabrán, al fin, lo egoísta que es la humanidad en sus ansias desmedidas de *más allá*.

⁂

ISABEL Lavalle y Eduardo Braco se unieron al cabo... De sobremesa, en el banquete con que se celebraron las nupcias, alguien que tenía el *vino triste*, habló del suicidio de unos enamorados, de que daba cuenta la crónica policial del día.

Los comensales protestaron con indignación:

—No se hable de cosas tristes aquí.

—Señores, — repuso aquél, — aunque no lo quieran tiene que ser. Siempre ronda cerca del amor la muerte. Y es donde suele hacer sus mejores presas. En vano pretendemos olvidarnos de *ella*. El hombre, hasta cuando vuela más alto, no deja de ser sino un pobre gusanillo con alas.

Volvieron a protestar contra el *aguafiestas* importuno.

—¡Eh, basta! Que cuente un chiste, para desagraviarnos.

—El momento es de alegría y no de dolor. Dejémonos de dramas. Y, más, en un acto como el que celebramos hoy.

—Sin embargo, perdonen que insista. Hay casos en que hasta los animales sienten la necesidad del suicidio.

Lo dijo seguro de lo que decía. Con el aplomo preciso.

—¡A ver!

—¿Cuáles son y por qué imitan a los hombres en su postura más cobarde?

—¿Sos vos quien lo preguntás? ¿Quién dice eso? ¿Vos... Eduardo Braco? ¿Un hombre inteligentísimo, valentísimo, que ha volado tanto y tan alto?

Todos habían guardado silencio. Por un instante sintiéronse movidos de curiosidad. Fué Eduardo quien interrogó todavía:

—¿Qué animal, que no sea el hombre, recurre al suicidio? ¿A esa fuga vergonzosa de la vida? Confieso mi desconocimiento de ello. Habla, amigo Roberto... Habla. Aunque sea triste. Saber gustar del dolor de estos motivos raros es también un bello motivo de alegría. ¡Habla!...

—Pues bien... Vos, Eduardo, vos que volás... ¿no te has tropezado por esas alturas con el cóndor?

—¿Se suicida el cóndor?...

—Claro que sí. ¿No se suicida el perro? ¿No se suicida el alacrán, con su propia ponzoña, cuando nótase cercado por las llamas? Este miserable bichejo, que vive bajo las piedras, en el campo, y que encierra un terrible virus en su aguijón, sabe volver su arma contra sí, para acabar con su existencia.

—¿En cuanto al cóndor — interrumpióle un impaciente, — en qué *caso*, con qué *motivo* se suicida y qué *medios* emplea?

—El revólver no será — burlóse un descreído. Por amor, por celos, tampoco acabará su vida el pajarraco ese.

Sonrió despectivo, con desdén olímpico, el *aguafiestas* y comentó, irónico:

—¡Pobres de nosotros! ¡Qué ridículos, qué pretenciosos! En todo caso serían ellos, con gesto tan magnífico, los que nos llevarían ventaja, puesto que no lo hacen por el honor, ni por el juego...

—¡Ah, claro que no!...

—Explique, entonces.

—El cóndor se mata (de un modo excepcional, desde luego, como sucede entre nosotros, los racionales) cuando le falta el sentido de la vista...

—¿Cuando se queda ciego?...

—En efecto.

—Ah, bien... Un caso... Cita un caso.

—Allá va.

## Una nueva postura

TODOS adoptaron nueva postura. Querían no perder detalle alguno de lo que prometía ser narración interesante.

Hubo, sin embargo, unas tosesitas burlonas. Alguien bebió agua o dió una chupada a su cigarro... Las damas aún, no pasaban a creer en la seriedad del momento.

—Todos ustedes saben, señoras y señores míos, que yo acompañé a Eduardo en su viaje a Chile.

—Sí, sí...

—Bien... El no pudo observarlo. Fuí yo solo quien presenció el drama. Muy atrás, muy por debajo del ala [illegible] nuestro avión, que se cernía en los [illegible] orgulloso, sobre la montaña andina, [illegible]ron dos enormes pájaros negros, — cóndores, sin duda alguna, — uno de los cuales vi perderse abajo, en el vacío, se diera muerto. Su rival, entretanto, remontábase hasta las nubes, recto como una flecha. Cual nosotros, avanzaba sereno, triunfante, en medio del azul... ¿No lo recordás, Eduardo? Si te lo referí después...

—No me acuerdo.

—Debiste no concederle mayor importancia. Te sentías más cóndor que el cóndor mismo. Tus ojos no pudieron detenerse en una pobre lucha de pájaros. Estaban más atentos a la lucha de los hombres.

—Adelante... ¿De dónde deducís, entonces, que aquello fué un suicidio? En toda batalla debe haber, lógicamente, forzosamente, un vencedor y un vencido.

—Convengo en ello. Lo supe después.

—¡Ah! ¿Y cómo?...

—Contalo.

—Siga usted...

—Mientras vos recogías aplausos en la vecina república, yo, más atento al drama aquel, cosechaba leyendas. Supe que hay jilgueros que arrancan los ojos a sus hijitos, a través de los alambres de la jaula, cuando los ven privados del ejercicio de sus alas, y, por lo tanto, de la hermosa libertad. Y supe respecto del águila y del cóndor que sus ataques van a los ojos, con preferencia a otro *blanco* del cuerpo. Conocen, de antemano, cuál ha de ser el destino de la víctima. Sin la vista, sin ese poderoso sentido, el único que le orienta en sus vuelos, el pobre animal ciego concluirá por matarse. Abrirá sus alas en cruz y caerá contra las rocas, estrellándose...

## ¿Para qué vivir?

HUBO una ligera pausa. Nadie dijo nada. Roberto continuó:

—¡Ah, amiguitos! ¿Para qué vivir si la dicha de volar, *más que en las plumas*, fulgura en los ojos y es vibración en los nervios y cosquilleante vértigo en el alma? ¿Para qué vivir, si la vida de todo pájaro está en los ojos? Créanmelo, señoras y señores... Triste, muy triste, es la ceguera del pobre gusano, condenado a arrastrarse a ras de tierra, cerca del fango o en el fango mismo. Pero mucho más triste lo es la de una mariposa cuya vida se desliza entre flores, bañándose en raudales de luz y de color. El gusano podrá vegetar todavía. Palpará... olfateará el obstáculo... Se detendrá... Cambiará de rumbo... A la izquierda... A la derecha... Alguien, otro gusanillo fraternal, piadoso, compadecido del cieguito que se arrastra, se arrastrará con él y le dará la mano; lo guiará, le servirá de *lazarillo*, pondrá en su oído la palabra bendita que salva, que nos aconseja resignación. La mariposa no. No es posible pintarla ciega. Véanla de noche, imaginándose, desde el punto obscuro en donde parece dormir, que la lamparita de luz de nuestra estancia es un sol. Vuela [illegible], deslumbrada. Tropieza contra el cristal. Retrocede... Cae sobre la mesa. Si pudiese avanzar, quemaría en la luz de la lámpara eléctrica la linda seda de sus alas... Y ¡tiene ojos! ¡Ve! ¿Qué no pasará por su almita de mariposa, cuando pueda darse cuenta de que anocheció para siempre... de que, en esta noche espantosa de su ceguera física no habrá ni siquiera la mentira deslumbradora de una lámpara de luz eléctrica, que le diga: "Yo soy un sol... Vuela hacia mí, mientras llega la luz del otro, que luce para todos, todos los días y siempre, y del cual soy una promesa muy formal. ¡Vuela! ¡Vuela!..." Pero, ahora, sí. Ahora, amiguitos, se han puesto tristes. Terminemos, pues, con este cuento, que yo digo que es historia. Y... ¡a beber! de nuevo. A vivir la vida, cada cual como mejor pueda vivirla.

⁂

AL día siguiente, Isabel y Eduardo partieron en el aeroplano. Volaron sobre los Andes. Fué tan feliz la jornada que prometiéronse volver a realizarla juntos. Una cosa sólo la hizo temblar de nuevo a ella, mientras cruzaban la vasta cordillera. Eduardo le había dicho:

—Te quiero tanto, tanto, tanto, que si un día dejaras de quererme vos, como yo creo que me querés ahora, consideraríame ciego cual un cóndor o una mariposa, y... ¡me mataría!

De vuelta a la ciudad, en su casita de Mendoza, en su *nido de águilas*, como le llamaba Braco, recordábalo ella. Y sentía, recordándolo, como una especie de picada de avispa en su corazón. ¿Sería capaz él?... ¿Sería capaz de matarse?...

⁂

TENGO miedo, primito mío, tengo miedo de que alguien descubra nuestro amor y llegue a saberlo Eduardo.

—No seas tonta. Ni lo pensés siquiera. Besame otra vez... Otra... Otra... Y al diablo esa preocupación.

Se besaban allí, dentro del coche, Isabel Lavalle y su primo Luis; eran como dos chicos que se quisieran bien. Y fué luego, al despedirse, al quedarse sola, cuando volvió a sentir la picada de avispa sobre el corazón.

—Te quiero tanto, tanto, tanto, que si vos algún día dejaras de quererme...

## Ella se aburría

NO había de llegar a su conocimiento? Isabel era la que no sabía que su esposo lo sabía ya. Confiada, creyéndolo a él en la luna o camino de ella en su avión, fingíale un afecto que estaba muy lejos de sentir. Tres, cuatro años... fueron bastantes. El se iba a Europa, a Africa, a todas partes del planeta, con una facilidad asombrosa, como quien se sube en un tranvía y dice: "Hasta luego". Ella, entretanto, se aburría de lo lindo. ¿Qué iba a hacer? Procuró distraerse con el primito y... ¡como las cerezas! Unas cosas se enredaron con las otras y... ¡como las cerezas! Eduardo estaría camino de Mercurio, de Venus, y esta otra Venus, que era ella, su preciosa mujercita, tenía que distraer su nostalgia de algún modo. ¿Era lógico? ¿Era humano? Ni se lo preguntaba Isabel. *Era*... nada más. Cuando volvía él de uno de aquellos *records* batidos con frecuencia, la picada de avispa, con el recuerdo de las palabras aquellas, venían juntos:

—Te quiero tanto, tanto, tanto...

⁂

PRIMERO fué el anónimo... Cobarde y todo, pero en el que le tiraban a los ojos el vitriolo de la verdad: "Tu mujercita te traiciona y te engaña con el zonzo del primito... Vigílalos y te convencerás".

Luego la certidumbre horrible...

—Oime, Isabel, esta tarde volaré sobre la ciudad.

—¿Sí?... No te matés ¡por Dios!

Mas Eduardo hizo volar a un su amigo en su aparato y cuando ellos, los perjuros, los traidores, lo creían a él haciendo graciosas evoluciones sobre el *nido de águilas*, Eduardo los espiaba, sin ser visto, con la seguridad de no infundir sospecha alguna en los infames.

## Eres un águila

LOS encontró, al volver, juntos, en la puerta.

—¿Qué?... — les preguntó sonriente. ¿Qué les han parecido los ejercicios que realicé sobre estas azoteas?

—Cada vez dominás mejor el aparato.

—Es natural.

—Un águila.

—Bueno... Menos elogios... Les invito para mañana.

—¿Volás también?

—Claro que sí.

—¿A dónde nos llevarás?

—Unas vueltas, como hoy, por encima de la ciudad.

—Yo no subo — protestó el primo.

—Cobarde. Pedíselo vos, Isabel... Pedíselo.

—Si... subí, zonzo... Primero es un cosquilleo ligero, como si subieras en ascensor... Y luego...

—Como en una góndola.

—Subí.

—Que no...

—Como quieras — dijo Eduardo, con aparente desdén.

Y dirigiéndose a Isabel:

—Vos sí, ¿verdad?

— Claro, hombre.

Y guiñando luego el ojo al primo, afirmó:

—Este también sube...

—Bueno.

——Será corto el paseo.

—Un saltito de gorrión.

—Un vuelo de águila, de cóndor — reía Braco con el alma hecha pedazos. Nos iremos a la luna los tres, o bien... — rió a carcajadas ahora. Qué cobarde sos, primito... ¿No ves a ésta?...

⁂

A la tarde siguiente, mientras él preparaba el aparato, Isabel musitó en el oído del primito:

—Quiero darte un beso cuando estemos arriba, mientras él suda junto al *volante*. No tengás miedo alguno. Sabe dirigir... Debe ser lindo besarse entre las nubes...

## Los dos culpables

SONO el motor. Los dos culpables iban en la cabina. El, como es natural, pegado a la *palanca*. Partió la nave. Despegó al fin, después de ligera carrerita. Linda... serena... Con leves balanceos. Como una golondrina. Inclinada, giró en una vuelta airosa. Y ¡arriba! Barrenando el azul. Bebiéndose los aires. Ensayó una caída. Paró el motor y de punta, la hélice contra la tierra, se dejó caer. Fué un grito trágico de muchos miles de almas. Pero, cuando faltaban doscientos metros, el motor reanudó la marcha y el aparato levantó la *cabeza* hacia las nubes, en busca del sol.

—Está loco ese hombre —comentaba el público, abajo. ¡Se matará!

—¡Quiere matarse!

—¡Sólo Braco puede hacer eso!

—¡Hay que ver, amiguitos! ¡Dejarse venir con todo el peso del aparato hacia el suelo, desde mil metros de altura, para volverse a levantar cuando sólo le faltaban doscientos para estrellarse!

—¡Y va con la mujer!

—¿La lleva a ella?

—¡Y al primito! — afirmó alguien que los conocía íntimamente, poniendo una sonrisa de picardía en la frase. ¡Al primito! Se diría que quiere matarlos de un susto.

⁂

BRACO rasgó las nubes o perdióse arriba. Era noche ya, bien entrada, cuando escalaban los picos más altos de las montañas. Jadeaba el motor, como una bestia.

—¡Volvé, Eduardo! — gritábale su mujer, desde la cabina. ¡Volvé!

—No. Te quiero tanto...

—¡Braco! — suplicó el primo. ¡Vuelve!

—¡Es tarde, Braco! — lloraba ella, asustada, con la picada de avispa en el corazón.

—Te quiero tanto...—replicaba Eduardo. ¡Tanto, tanto!...

⁂

ESTABAN a mil quinientos metros de altura, sobre el pico más elevado. Ni una estrella. Ni una lamparita eléctrica que fingiese una estrella. La negrura espantosa. El espacio, sin fin. Abajo, los Andes clavaban en las nubes las puntas de sus rocas, como fantasmas negros de la noche.

—¡Braco! ¡Braco!

El cóndor, ciego de dolor para siempre, no pudo más. Paró el motor. Y recto, como en la prueba trágica de unas horas antes, se vino a tierra, con las alas en cruz.

Contra las púas roqueñas de la fría y solitaria cordillera quedó *clavado*, hecho astillas, el avión. Era como un montón informe de hierro, madera, carne, hueso y sangre.

⁂

SOLO sobrevivió a la catástrofe el ruido que produjera todo, en las hoscas soledades andinas, al chocar contra las piedras pizarrosas de la montaña.

Y aun vibra la voz angustiosa de Isabel, en las ondas del viento, que parece repetir, agarrándose a la vida:

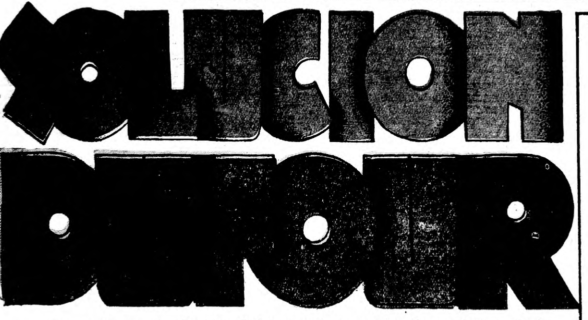
¡Braco! ¡Braco! ¡Braco!...

★ ☆ ★

★ ☆ ★

SALVADOR CORDON

# EL SOLDADO DE LA MUERTE




Preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos de la
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda

*RIVADAVIA 1501* — *En venta en toda buena farmacia*

Tuberculosis! el más despiadado enemigo del hombre, espiga sin cesar su trágica cosecha. Defiéndase de él con

## Solución Dufour

Los catarros, la tos, son brechas propicias al enemigo que acecha. Ciérrele el paso con

## Solución Dufour

No haga ensayos estériles y quizá fatales. 30 años de experiencia imponen como insubstituible para las afecciones de las vías respiratorias, a la

## Solución Dufour

# Cómo Al Capone RECIBIO La Terrible CICATRIZ

## *Un Joven Napolitano lo Hirió a Mansalva en una Riña*

## EL REY DEL CRIMEN NUNCA PUDO VENGARSE



**Jamás Al Capone ha permitido ser fotografiado mostrando su mejilla izquierda. Las innumerables fotografías que de él se tienen siempre muestran el lado derecho de su cara. En esta nota es la primera vez que se conoce al famoso bandido de Chicago luciendo su cicatriz**

**"Red Ink Vince" Pezzi, famoso contrabandista que entregó a dos de sus compañeros a la policía de Búffalo y que fué marcado con la enorme cicatriz que va de la oreja a la comisura de los labios. Al ser atacado le preguntaron: "¿Tienes una boca grande, verdad? bien, ahora te la vamos a hacer más grande todavía"... pero no como la de Al Capone. Al Capone no fué desfigurado por ser traidor al hampa. La historia del tajo tiene otro origen de no menor interés novelesco**

**La historia de la cicatriz de Al Capone muestra cuál es el concepto del "honor" en los bajos fondos de las grandes ciudades yanquis**

*LA cicatriz que muestra Al Capone en la mejilla izquierda ha sido objeto de numerosas y contradictorias explicaciones. Millares de crónicas han querido explicarla.*

*Importantes publicaciones han afirmado que le causó esa cicatriz una MUJER, de quien abusó cuando era encargado de casa de hetairas en Chicago.*

*UNA bala alemana en una heroica acción como soldado del ejército americano durante la guerra mundial; sería otra explicación.*

*DE unos bandidos que lo marcaron con el "signo de la rata" porque los acusó a la policía; es otra de las leyendas.*

*"WILD BILL" Lovet, un bandido, cuyo poderío en los bajos fondos de Brooklyn, Al Capone destruyó y que después de marcarlo huyó al Oeste, no apareciendo más por el Este, disparando siempre de la venganza.*

*UN COMPAÑERO y asociado, que loco por el uso de estupefacientes, lo atacó e hirió; y a quien Al Capone dió muerte estrangulándolo.*

*UNA BOTELLA de gin arrojada durante una pelea, cuando Al Capone comenzaba a frecuentar los círculos contrabandistas de licores y se hermanaba con los grandes ases del crimen.*

### HUELGUISTA Y ASESINO

*La relación que sigue nos ha sido hecha por un criminal napolitano, dice un periodista yanqui quien ha querido mantener su incógnito, afirmando que él no ha sido quien causó la terrible herida cuya cicatriz conserva Al Capone en la mejilla izquierda. Tal hombre que hirió a Al Capone está viviendo en el Oeste de Estados Unidos.*

*Para mayor abundamiento esta relación fué escuchada por otro individuo más, quien afirma la verdad de lo que vamos a contar a nuestros lectores.*

*Era en los días anteriores al en que Al Brown (Al Capone), se dirigiera al Oeste y cometiese los mayores crímenes que se hayan realizado hasta hoy día. Esto acontecía allá por 1906. Al Capone tenía alrededor de 18 años. Era un huelguista y mal obrero y "trabajaba" en apalear a los proletarios que no se habían unido a la huelga de los del rápido tránsito en Brooklyn. En ese entonces los salones y cantinas permanecían abiertos sin estar sujetos a ninguna prohibición. Y Al y sus compinches, después de un pesado día de trabajo, durante el cual habían apaleado a todos los obreros suplentes que encontraban a su paso, se dispusieron a beber varios vasos de honesta y suave cerveza.*

### JUGANDO AL POKER

Como era costumbre en esos días, Al, que era un buen muchacho, seguía la corriente, disponiendo de unos cuarenta y tantos dólares, despreció su trabajo por el bar. Esta fué la señal para que los otros hicieran lo mismo que el jefe. Algunos había que sólo tenían un dólar, otros quizás dos y algunos que tenían más aún que el mismo Al. Hicieron bolsa común y habían ya reunido una buena suma cuando la lista de precios fué pagada. De esta manera continuaron bebiendo hasta emborracharse completamente todos los de la pandilla.

Los ánimos se habían exaltado, e iniciaron el juego. Se jugaba, como es de imaginarse, guardando todas las reglas del póker, pero las voces y risas de los jugadores iban subiendo constantemente de tono. Y así siguieron durante muchas horas. Habían reunido unos 200 $ en un jackpot y el entusiasmo y el calor del juego es imposible describirlo.

Entretanto, se divertían los demás compañeros de Al, en derribarse y luchar entre ellos, tumbándose sobre el aserrín del piso, produciendo esto gran diversión entre los concurrentes. Pero, uno de los bebedores del bar, tropezando sin ninguna mala intención, volcó su copa de licor sobre la corbata azul claro que lucía Capone. El borracho que vertió su copa en la corbata de Al, prenda que éste estimaba muchísimo, no era uno de los clientes asíduos del bar.

Por la naturaleza de las risas que este incidente provocó podía comprenderse muy bien que no había existido mala intención de parte del borracho, quien para disculparse lo repetía en voz alta. El joven napolitano trató de desenojar a Al Capone, pero éste permanecía empecinado y resentido. Entretanto, su hermano, que lo acompañaba, dirigiéndose a Al, con objeto de concluir el incidente, brindó con un "Saluta!". Capone le volvió las espaldas y rehusó beber con él. Sabido es que esto es considerado entre los italianos, y especialmente entre los napolitanos, como el más grave insulto que se puede hacer a un hombre.

El muchacho se dirigió entonces contra Al, pero fué recibido por un buen puño que lo derribó al suelo. El hermano causante del incidente salió en defensa del otro e igualmente fué derribado por los puños de Capone. Los demás concurrentes al bar, alejaron a los dos hermanos hacia uno de los extremos de la sala. La pelea había terminado.

Molestado Al, por estos incidentes, se decidió a marcharse. Empujaba una de las hojas giratorias de la puerta con la mano derecha, y al volverse para despedirse de sus amigos con un "¡buenas noches!" mostró a los concurrentes del bar todo el costado izquierdo de su cara. El más joven de los hermanos napolitanos, con un rápido movimiento lanzó hacia Capone algún objeto brillante. Era una filosísima daga. Esta daga alcanzó a Al en toda la mejilla izquierda, produciéndole una herida que iba desde el extremo superior de las mandíbulas hasta muy cerca de la quijada.

### UN GOLPE SUCIO

Había sido un golpe sucio. Al, inmediatamente, se dispuso a volver a entrar en la sala, pero sus compañeros ya habían rodeado a los dos hermanos y se disponían a castigarlos, cuando éstos lograron salir del local, desapareciendo en la oscuridad de las callejuelas de los Cinco Puntos, famosa arteria del hampa neoyorquina.

Al se dirigió entonces con toda premura donde un médico de su amistad y confianza para que le hiciera las curas necesarias, y ya de vuelta a su casa, se preparó para sorprender y castigar a los hermanos. Los estuvo vigilando por días y semanas enteras, pero los dos hermanos se habían puesto bajo la protección de Frankie Yale, conocido en el hampa como Uale, jefe de uno de los gangs del bajo fondo neoyorquino. Entre ellos es ley que un miembro del gang que necesita ayuda o venganza, la reciba siempre aunque él sea quien haya comenzado la provocación a un miembro de un gang rival.

Uale, en lugar de pelear con Capone, o de cambiar razones o darle órdenes, lo llevó a un terreno más favorable a sus intenciones. Propuso a Al, el compensarle los gastos del médico y los perjuicios que le había ocasionado la pérdida de las semanas empleadas en la persecución de los dos napolitanos. Al estaba en ese momento tan amilanado que aceptó cuanto le propusiera Frankie, quien le entregó entonces, 500 dólares, al mismo tiempo que le decía: —"Al, ¿quieres hacer algo por mí?" Y como es natural, Al le respondió que para ello estaba dispuesto. Añadiendo Frankie: "Perdona a esos hermanos".

Capone deseaba vengar la ofensa recibida, pero, había empeñado su palabra imprudentemente y, ¿qué otra cosa le quedaba que hacer? Habíanse estrechado las manos después de hablar, y el trato estaba cerrado. Capone quiso entregar un recibo por el dinero que le entregara, pero Frankie rechazó lo escrito por Al, diciéndole que confiaba en él. Al debía olvidar las puñaladas y balazos ofrecidos a sus heridores — una promesa era una promesa —. Pero Frankie, temeroso de que Capone no cumpliera su palabra, le ofreció un trabajo cerca de su persona, para poder de este modo vigilarlo con mayor eficacia. Lo empleó en el Colegio de Inn, en Coney Island con 75 dólares semanales.

### TRAGO AMARGO

Este fué un trago amargo para un asesino de los prestigios de Capone. Estaba marcado para toda la vida. De serle posible, hubiera cortado en igual forma a los que le infirieron la ofensa. Pero, se resignó y esperó. Guardó solamente un gran rencor para Frankie, y le exigió que si alguna vez se volvía a topar con cualquiera de los dos hermanos, aunque en simple accidente, quedaba libre de su promesa. Uale aceptó estas condiciones.

De este modo ambos hermanos se libraron de la venganza de Capone, quien jamás los volvió a ver. Lo que antecede es verídico en lo que respecta a las relaciones de Capone con Uale.

Ambos, luego, más adelante, se hicieron socios. Capone se encargaba del embarque y el desembarque de los licores de contrabando. Uale dirigía la introducción del alcohol en Long Island, desde los sitios de desembarque y volvía a llevar el cargamento de licores a Broocklyn o a Chicago.

Cuando Big Tim Murphy recibió una verdadera lluvia de balas y más tarde Jim Colosio y Dion O'Banion, reyes sangrientos de Chicago, los hombres del bajo fondo corrieron igual suerte, todos los neoyorquinos pronunciaron el nombre de "Uale". Sin embargo, el verdadero matador fué Al Capone, que los eliminó como rivales.

La policía jamás pudo encontrar a los asesinos, y ningún cargo concreto pudo hacerse sobre Frnkie. Más aún: cuado la serie de "asesinatos importantes" acreció en Chicago, lo potencia de estos dos jefes del hampa creció más aún. Uale y Capone demostraron abrigar enormes ambiciones.

Fué éntonces que Capone debió lamentar la inmunidad de que gozaban los que le habían dejado la enorme cicatriz; y su resentimiento fué mayor hacia Frankie, que se le había cruzado e impedido la reparación.

Capone era el jefe supremo del hampa de Chicago.

En la lucha que ambos sostenían juntos durante sus laboriosos contrabandos de licores, éste resentimiento no enfrió sus aparentes buenas relaciones. Al Capone seguía odiando y esperando la vendetta.

El mismo Uale, muy a menudo temió que el siciliano Capone quisiese deshacerse de él, pues jamás le prometió no matarlo.

**Y el hombre que marcó al as del hampa de Chicago, al más poderoso jefe de los bajos fondos americanos, vive hoy tranquilo comiendo, con incomparable calma, sus interminables espaguettis, rodeado de sus hijos, llevando una vida completamente burguesa...**

### 18 AÑOS ESPERANDO

A fines de la primavera de 1927 — después de 18 años de la escena del salón de Brooklyn —, Capone tuvo conocimiento de numerosos desembarcos de grandes cargamentos de licores que se realizaban en Long Island y que eran enviados a Chicago. Capone entró en sospechas sobre la conducta de Uale. Designó entonces a Jim D'Amato para que espiase a Uale. El 1 de julio de ese mismo año, D'Amato fué encontrado muerto de un balazo en una de las calles de Brooklyn. Uale lo había mandadò asesinar.

Exactamente un año después de este asesinato, y casualmente a la misma hora en que fué victima D'Amato, Uale salía de su casa después de haberse despedido de su bellísima mujer y subía a su elegante Lincoln. Siguió por la New Utrcht Avenue, cuando notó que un sedan lo seguía. Aumentando la velocidad de su coche torció por la calle 44 en dirección a la Cuarta Avenida. Los perseguidores no le perdieron la pista.

De improviso, numerosos tiros fueron disparados y Uale fué arrojado fuera de su coche con el cuello acribillado de balas.

Los testigos que asistieron de cerca a esta escena, aseguraban que habían visto salir del sedan perseguidor, a un hombre muy corpulento con una gran cicatriz en la mejilla izquierda, que permaneció detrás de sus hombres con la sonrisa en los labios. El coche de Uale, sin conductor, también herido, chocó y se destruyó contra las paredes de la casa marcada con el número 923 de la calle 44 de Brocklyn.

Capone estaba en esos momentos en la cumbre de su poderío y empuje.

Capone, antes de dejar de cumplir su juramento, prefirió dar muerte al jefe del "gang". Por un extraño sentido del honor del bajo fondo, postergó su venganza 18 años.

Y el hombre que marcó al más poderoso de los jefes del bajo fondo vive hoy tranquilo comiendo con incomparable calma, sus interminables espaguettis, escucha los conciertos de radio y se dedica a educar a sus hijos, mientras lee complacido todo cuanto se refiere al marcado Al Capone, a quien lo espera el presidio.

Y así fué como Al Capone recibió la herida que marcó su cara.

### AUTOR DE 800 CRIMENES

*Al Capone es hoy un multimillonario. Tiene mansiones principescas en las grandes ciudades americanas. Cuando Herbert Hoover regresaba de su viaje a la América del Sur, se le invitó a pasar unos dias en la finca del multimillonario Rascob, presidente de la General Motors, en la localidad veraniega de Palm Beach.*

*A menos de 150 metros de la casa de Rascob, en esos mismos dias de la terrible canícula del trópico, descansaba de las fatigas que le proporciona el contrabando, Al Capone junto a tres o cuatro amigos.*

*Al Capone acaba de ser condenado por la justicia yanqui, pero por esconder a los inspectores que cobran la renta, el verdadero cúmulo de las ganancias, y no por ser el asesino más grande que han conocido todos los tiempos. Se le acusa de 800 crímenes, que han quedado impunes. Se le llama el enemigo del pueblo americano, así lo declaró una comisión de prohombres de la ciudad de Chicago.*

# LAS RUTAS DE LA SELVA

**Menoldo, un tarado moral, ama en silencio a la única mujer que hay en un obraje del Chaco y en torno a la cual se desarrollan intrigas salvajes y violentas, en un ambiente pronto a estallar al más leve roce de los instintos.**

**Una noche Menoldo se dió, en plena selva, con un cuatrero que había conseguido huir a la policía, herido en un brazo.**

*Por Carlos Abregú Virreira*

Ilustró NIAHCER SEDITSIRA

Aquel hombre lo dominaba, lo perdía. Sabía ya que se encontraba frente a un cuatrero de ley, pero el recuerdo de la Maura, el secreto egoismo de estar al lado de un ser que ella había amado antes, le trastornaba el alma. Dábale ganas locas de hablar .onterías, de relatar casos extraordinarios, en los que él fuera protagonista; de decir, por ejemplo, que había cometido un crimen y que una vez no quiso disparar a la policía y se dejó herir, de frente, como los hombres. Bebió un trago. El alcohol le obligó a desvariar audacias quechuas:

—¡Ah! ¡Usted no sabe lo que es andar con una mujer como esa! Uno se compromete de arriba, y, a lo mejor, se pierde.

—¿Así que usted también anduvo metido con la Maura?

Menoldo se animó. Venía bien esa mentira a sus anhelos. Hasta parecíale ya una realidad vivida y amargada.

—¿Y por qué no? — exclamó resueltamente, dándose importancia. Mucho tiempo. Desde que llegó al obraje. Iba a verme al monte y andábamos juntos sacando miel o juntando algarroba, pero era un [illegible]o rara, ¿sabe? y a veces me daba rabia.

—¿Sí?

—Me llevaba al rancho del comisario y se reía de mí sin motivos.

—¿Y qué más?

—Comprometedora, ¿no? — continuó Menoldo sin responderle.

—¿Por qué, amigo?

—Por que me hacía muecas desde la puerta del rancho.

El cuatrero lanzó una carcajada exclamando:

—¿Sabe que me da mucha risa?

—No se ría — clamó Menoldo avergonzado. —No es para tanto. Un día, ¿sabe? se cayó de un árbol y se lastimó la pierna. Habíamos andado cerquita de la cruz de Antonio, el finado. Entonces ¡es claro! se asustó y la reté. Había sido miedosa.

—Es curioso.

—Cierto, amigo. Va a ver. Cuando se dió cuenta se enojó conmigo. Desde esa ocasión me ha dejado en la duda...

—A mí también, ¿sabe? Por que antes, se reía de los muertos. Una vez fuimos al velorio del angelito, machados, y la sacaron a empujones, por que se reía como una diabla.

—Se ríe siempre. También se reía de Antonio, el finado, pero como se anda diciendo que espanta, dejuro que se asustó.

## Nunca podía olvidarla

Menoldo no sabía ahora cómo eludir el relato. Le parecía que se había metido mucho, sobre todo, invocando el alma de su amigo, y quería callar. La noche no estaba, acaso, para hablar de difuntos.

—¿Y cómo hizo para olvidarla?— preguntó el cuatrero.

—¡Bah! A las mujeres de esa laya se las olvida pronto.

Luego preguntó:

—¿La Maura es una mujer buena?

—A veces — contestó el cuatrero. Cuando se la castiga, pero es como todas o peor que todas. Yo la conocí hace mucho, cuando no la habían tajiado todavía en la cara.

—¿Un tajo?

—¿No lo ha visto? Le viene desde la frente a la quijada. ¿No quiere que le cuente? Bueno, pero hágame un nudo fuerte, que me está doliendo la herida.

—¿Y cón que?

—Con la camisa, pues. Saque una tira. No importa. Así.

—¿Le duele?

—No. Bueno... Así... Chupe... La Maura era una mujer hermosa. Me quería por temor. Tal vez me odiaba, pero de todos modos, era mía. Cuando yo llegaba al baile no se atrevía con otro. Bailaba y chupaba conmigo. También!!! Bueno. Una noche se acercó alguien y le ofreció una copa. ¡Es claro!, no aceptó. También!!! Entonces, ¿sabe? La tajió en la cara. Yo salí en su defensa y nos trenzamos. ¡Churo el hombre! En eso sonó un tiro y los dos quedamos marcados para siempre. Ella en la cara, yo aquí.

Y dióse una palmada en la pierna de palo.

—¿Y después?

—Después la eché, porque ya no servía.

A Menoldo le ahogaba la angustia del relato, mientras la noche se iba poblando de señales furtivas. Había en su alma como un desprendimiento de bosque.

—Ya no servía para nada... — murmuró.

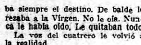
La noticia abrumadora venía de tan cerca, que la podía palpar. De pronto vió que su mano estaba puesta sobre el brazo velludo y áspero del cuatrero y que sus dedos se manchaban con la sangre tibia de aquella herida.

—¿Sabe? Acaso es mejor que le cambie el trapo.

—No tengo otro — contestó el cuatrero.

—Espere, yo he de tener.

Y se acercó al recado. Entre las pilchas, empapadas con el sudor del caballo, Menoldo encontró la prenda de la Maura. Al tocarla, dejó impresos sus dedos con la sangre del cuatrero. Una agonía sorda le anudó la garganta, como si el Destino hubiera provocado ese incidente para arrebatarle la última esperanza de su felicidad ¡Qué iba hacer ahora con esa cosa manchada que le recordaría siempre al hombre que tenía a su espalda! ¿Podría ser totalmente suya después de esto? ¡Ah! También la Maura le lastimaba, como la otra, la del pueblo, cuando todo se le había puesto en contra y no encontró una sola mirada de ternura que pudiera salvarle. Primero habían sido los seres más queridos. Ahora, los objetos, las cosas inanimadas, pero suyas, las que se le iban de la mano. ¡Mala suerte! Así le castiga-



ba siempre el destino. De balde le rezaba a la Virgen. No le oía. Nunca le había oído. Le quitaban todo. La voz del cuatrero le volvió a la realidad.

—¿Encontró, amigo?

—Sí.

Y arrancó una tira de la enagua.

—Trapo lindo y fresco.

—Para las heridas — completó Menoldo mientras vendaba.

* * *

Cuando emprendió el regreso comenzaba a clarear detrás del monte. Los pájaros del nuevo día llenaban el campo con la noticia del domingo. A lo largo del camino la noche levantábase de su hondo sueño restregándose los ojos para dar paso a las majadas y los carros del obraje. De vez en cuando el refusilo de los fogones encendidos anunciaba la proximidad de la llegada. En el rancho del comisario, una alarma de gallinas apuraba la salida del sol.

Durante la marcha, fatigosa y larga a través de la selva, Menoldo vióse envuelto en un laberinto de ideas y pensamientos encontrados que parecían tener la misma fuerza, el mismo convencimiento. ¿Cómo iba a hacer para hablar con la Maura? ¿Acaso estaba suficientemente curado para no temblar ante ella? ¿Para qué se había comprometido con el cuatrero, entonces? A cada instante le abatía su promesa llenándole de temor, pero a medio día se dió con ella en el boliche, adonde el paisanaje boraciaba su amor en torno suyo.

—¿Cómo te va, Menoldo?

—¿Cómo le va iendo, Maura?

Se bailaba y bebía. Aún no había llegado la oportunidad de penetrar en la intimidad de las pasiones, pero ya se advertía una ligera audacia en la sonrisa de los ebrios. La Maura se dejaba manosear. Una cicatriz horrible le cruzaba la cara, hundiéndole la nariz y estirándole hacia la izquierda la comisura del labio. Menoldo lo advertía por primera vez. Por primera vez, también, se fijaba en ella. Detrás de la bata vió moverse dos senos flácidos y arrugados que apenas conservaban la redondez de los frutos exprimidos. Las piernas, desnudas y flacas, presentaban dos llagas vivas a la avidez de las moscas.

—¿Sabe? — díjole Menoldo—. Allá en el monte la espera un hombre.

Una improvisada orquesta malogró en ese instante los pormenores del diálogo. Los ebrios habían adoptado ya la apostura recia y grave de la camorra y hubo que intervenir y llenar de nuevo las copas. Uno de ellos se había acercado a la Maura y deslizaba por sus brazos una mano torpe y sensual a manera de caricia.

—Chura, la rubia —dijo sonriendo brutalmente, excitado por el alcohol —. ¿Quiere una copita, niña, para que se alegre?

—Ya he tomado.

—¿Me desprecia?

—Bueno, traiga.

Y bebió de un trago su contenido, limpiándose luego los labios con la manga de la bata. Menoldo esperaba la respuesta.

—Está bien — dijo secamente y salió a danzar con uno enarbolando el pañuelo de las zambas, pero luego se puso más grave y sentándose nuevamente al lado del muchacho renovó el asunto:

—Mira. Le tengo miedo al Destino. No vaya a salir cierto lo que me han dicho. Mientras bailaba estuve pensando en eso, ¿sabes?

—¿Así es que usted cree en el Destino?, preguntó Menoldo.

—Sí, algunas veces, cuando se van pareciendo a los sueños. Anoche mismo soñé que Juan del Campo me llamaba y que yo iba a su encuentro por las rutas de la selva. Todos los caminos conducían al mismo sitio y yo no podía apartarme, porque alguien me llevaba a la fuerza. Así fué siempre mi vida. Vida atada al Destino. ¡Quién iba a creer, por ejemplo, que llegaría aquí, a este obraje sucio y miserable y que ese hombre me mande, me domine como ningún otro en el mundo? Hay que creer, Menoldo. Pensá un poco. Muchos años atrás yo andaba por las calles de las ciudades más hermosas de la tierra, y, total, para caer en manos de Juan del Campo... Mejor es no ir. Quedarse quieta. El es un hombre malo y egoísta. Me dijo, una vez, que no necesitaba nada mío y me echó de su lado como a una perra. Yo, desde la puerta del rancho alcancé a gritarle: "Acordate. No vaya a ser que me precises." De esto también hace mucho y yo esperaba siempre este llamado para vengarme, pero ahora, que se cumple, tengo miedo. Mejor es que no vaya. ¡Quién sabe lo que me espera allí!

—Quizás sea para su bien. Maura.

—O para mi mal, Menoldo. Ya no soy la de antes.

Necesito quedarme quieta. Cuerpearle al Destino. Salirme de la huella y defender los años que me quedan al lado de alguien.

—¿Así es que no va a ir?

—Hasta ahora, no. Quisiera ir, pero me quedo. Quisiera quedarme, pero debo ir.

Quisiera quedarme, pero debo ir.

—Bueno, en qué quedamos, entonces.

—En que no le digas nada, si lo encuentras.

El muchacho abandonó el boliche y encaminóse hacia su rancho. Al atardecer, compró en la proveeduría unos remedios para las heridas y ensilló silbando una vieja vidala. En eso estaba cuando el comisario se le acercó en silencio:

—Che, Menoldo, me empriestas el tubiano?

—No puedo, don. Estoy por ir al monte.

—¿Y para qué?

—Para rastriar las mulas.

—¿De noche?

—De noche, pues, ¿no está viendo?

—¿Y quién te ha ordenado eso?

—Alguno ha de ser, señor.

—¿Vas a volver pronto, entonces?

—Según.

Por que podríamos ir juntos y así me ayudas.

—¿A qué?

—A rastriar un cuatrero que anda alzado. Me han telegrafiado de Gancedo para que lo busque.

Menoldo tornó a su mutismo. Había emprendido a cerrar la boca cuando no podía contestar.

—Voy a darte unos pesos. Si lo encontramos o si no lo encontramos, te doy unos pesos.

—No, don. Busque otro. No quiero andar pellando.

—Cha que sos miedoso. No te asustos, hombre; es Juan del Campo, el pata de palo.

—¿Sí?

—Así parece.

—Dicen que es malo.

—¡Bah! ¡No seré hombre yo también!

Y sin esperar la respuesta de Menoldo, se alejó rumbo al boliche. Por el sendero opuesto regresaba la Maura. Al verle le salió al encuentro parándose junto a una pila de durmientes y aguardando la llegada del comisario.

Menoldo montó de un salto.

Habría marchado una media hora escasa, cuando fué alcanzado por el comisario, cabalgado sobre el zaino del patrón; y los dos, sin hablarse, rumbearon hacia el bosque.

—Mirá, vamos por este lado — dijo el comisario señalando el camino que conducía al refugio del cuatrero.

—Por ese lado no debe haber nada — objetó Menoldo.

—¿Quién sabe? Por eso mismo, vamos.

El muchacho dejóse conducir. A veces deseaba preguntarle por la Maura, pero se contenía. Un miedo sordo a delatarse, el miedo de toda su vida, le extrangulaba las palabras cuando quería hablar. Además, el rumbo que habían tomado ahora le hizo entrar en sospechas y era mejor seguir callado, hasta el final. ¿No pudo haberle contado todo, la Maura? Así son todas las mujeres. No se callan. Pero de tales conjeturas le sacó el comisario.

—¿No sabes? La Maura se va del obraje.

—¿Sí? — preguntó asombrado.

—Se va.

—¿Enojada?

—No. Alegre. Alguien la llama y se va... Mejor.

Era buena y eso me molestaba. Antes no fué así. Dicen que en el pueblo tenía fama de mujer audaz y mala. Por eso la busqué. La vida del obraje pide eso: peleas, inquietudes, algo fuerte que haga pensar, y ella no sirve. Voy a traer otra.

—Se va — susurró Menoldo.

—Sí. Esta misma noche. Ya debe haberse ido. Mejor. Voy a traer otra. La vida es así. Hay que cambiar, como los pájaros, como los animales, como los árboles que no pueden andar, pero que cambian aunque sea de hojas. Siempre lo mismo cansa. Lo nuevo es lo que alegra, aunque sea viejo. Así piensa también la Maura. Y qué casualidad Menoldo, antes que a mí, lo tuvo a Juan del Campo.

—¿Sí?

—Me lo dijo hace poco, al despedirse, cuando le mostré el telegrama. Así maneja el Destino a las almas.

Hubo un largo silencio. Menoldo lo rompió con esta pregunta audaz:

—¿La quería mucho, don?

—Demasiado. La quiero todavía. La querré siempre que haya alguien que la desee. Cuando la llevé al obraje y ustedes la seguían como ciegos, como locos, la quería más. ¡Divertido!... La hubiera podido detener a las buenas o a las malas. Sujetarla bien en la barra, pero no quise. Mejor es que se vaya. Traeré otra.

—¿Y si no es lo mismo?

—Callate. Mejor es no pensar.

—¿Y no quiere que regrese y la llame?

—No. Dejala. Es mejor. Ya nos veremos algún día.

A media noche divisaron una luz ténue a la orilla del camino.

—Mirá esa luz, muchacho.

—Será la luz mala.

—Cha que eres tonto. La luz mala se apaga y se enciende, cambiando de sitio y esa no.

—¿Y si es?

—Mejor es que nos acerquemos.

—¿Y para qué, señor?

—Para ver.

—Así dijo Antonio, el finado, y lo espantaron. Dicen que fué el diablo, pero yo no creo. Debió haber sido el ánima del sargento.

—Si se murió jurándole, ella no más ha sido.

—Vea, don — dijo entonces Menoldo resueltamente —. Es mejor que no siga.

—No pareces hombre, caramba. Avanzaron cada vez más cerca, cada vez más jadeantes. Un zorro atravesó el camino.

—Mala suerte — exclamó el comisario.

—Mañana no vamos a encontrar nada para cazar.

—Y bueno, qué le vamos a hacer.

De pronto divisaron un caballo al borde del sendero.

—Será de algún paisano.

—Será — respondió Menoldo.

—¿Tienes armas? — preguntó el comisario.

—No.

—Bueno, tomá un revólver.

Aceptó. Hasta ese instante no había pensado todavía lo que haría en el caso de que el comisario se diera con Juan del Campo. No lo pensó ni se atrevía a ello. Siempre dejóse llevar por el Destino y esta vez no era como para oponerse a las inclinaciones temerarias y dominantes de su alma.

—Volvamos, don. Es mejor.

—Callate hombre.

Se acercaron más. Ya no debían estar muy lejos. De súbito una voz ronca, pero enérgica, les cubrió totalmente.

—¡Alto!

El comisario se arrojó del caballo y con revólver en mano se ocultó detrás de un árbol. Menoldo quedóse inmóvil, sobre la cabalgadura, en medio del camino. Sólo pensaba en la Maura, que se iba para siempre del obraje y, a instantes le asaltaba un deseo incontenible de regresar al obraje y pedirle, temblando, que no se vaya, que se quede en su rancho, que le abra su corazón, que le lave las manchas de la enagua.

—¿Quiénes son ustedes? — rugió la voz.

—La policía — exclamó el comisario.

—¡Ah, la policía!

Y sonó un tiro en la espesura del bosque. El caballo de Menoldo dió un tremendo salto como si quisiera encabritarse y cayó muerto, de bruces, arrojando al ginete sobre las yerbas.

El comisario contestó el ataque. Menoldo, detrás del cuerpo inerte de su cabalgadura, miraba el fogonazo de las armas.

—Se te han acabado las balas, ¡maula! — gritó Juan del Campo.

—M chacho — clamó el comisario. Portate ahora. ¿Adónde te has metido?

Una sombra enorme avanzó lentamente hacia el camino. El fuego del vivac, iluminó una pierna de palo que se hundía en la fronda haciendo crujir las hojas secas. Avanzó con serenidad, como si uno de aquellos quebrachos colosales se hubiera desligado de la tierra y comenzara a caminar, por primera vez, victorioso y juvenil, fantástico e incontenible. El comisario salió también de su refugio y fué a su encuentro. Menoldo alcanzó a divisar dos sombras que se confundían en una sola mole.

—¡Ah! ¡Sos Juan del Campo!

Se escuchó el choque de metales. El movimiento rápido de dos brazos recios, y de vez en cuando alguna palabrota gruesa, lanzada por cualquiera de ellos.

Ahora avanzaba una y reculaba la otra.

## Rugía como un tigre

Menoldo no había pensado nada aún. Su cabeza estaba totalmente vacía, pero Juan del Campo dijo:

—Sólo ese muchacho cobarde me pudo haber vendido.

—Atajate bien, maula — gritó el comisario.

—Menoldo se incorporó súbitamente.

—Yo no lo he vendido — exclamó.

Juan del Campo, replegado contra un arbol, rugió como un tigre:

—Vení vos también cobarde.

—Y esperó. Por entre los árboles de la selva, el mundo de las luciérnagas se empeñaba por iluminar la escena. Menoldo, siempre cobarde, se arrancaba con los dientes las uñas de la mano.

—¡Cobardes, cobardes! — rugió Juan del Campo.

—¡Matálo vos, muchacho! — exclamó el comisario recobrando fuerzas. Todo estaba a su favor en ese trance.

—¡Matálo, matálo! — volvió a implorar.

—Sí, matáme — provocó Juan del Campo.

—Espérese un momento... no lo veo... no sé cuál es...... está lejos — decía Menoldo envuelto ya en las seducciones apresuradas de la muerte.

—Aquí, aquí... acercate — jadeaba el comisario.

Menoldo esperó un momento. Después apuntó y apretó el gatillo de su revólver.

Una de aquellas sombras fué desplomándose lentamente, hasta perderse en la negrura compacta de la fronda, mientras la madrugada comenzaba a despertar del cielo las nubes camperas que dejara la noche sobre la senda de la luna.

—Está bien —dijo Juan del Campo. Lo has matado de atrás, pero no importa. Algún día aprenderás a ser hombre. Ya estoy viejo. No sirvo.

Los primeros rayos del sol comenzaban a iluminar el bosque, tendiéndose como una alfombra de futuros sobre el camino al Chaco. Los caballos pacían indiferentes. Uno de éstos acababa, en ese instante, de engullir la yerba manchada con la sangre todavía caliente del comisario. Los perros de Menoldo olfateaban el cadáver, espantando las moscas. Por el cielo, los primeros caranchos ensayaban una funambulesca caída de águila sobre la escena empenachada de angustias. Al fondo del camino se alcanzó a divisar un punto negro que venía hacia ellos, agrandándose cada vez más.

—Vamos — dijo Juan del Campo. Hay que dejarlo.

Pero Menoldo pareció no oirle. Sus ojos estaban extraordinariamente asombrados y fijos en el jinete que llegaba.

—No hay tiempo que perder, muchacho — gritó el cuatrero.

—Espera, don. ¿No está viendo? ¡Parece que es la Maura!

—Sí, es ella, pero hay que huir.

—No. Huir, no.

—Bueno — sentenció Juan del Campo cabalgando con dificultad; quedáte, entonces, y aguantá todo. Yo me voy.

Menoldo estaba indeciso. A medida que la Maura avanzaba, como un castigo, la espera parecíale inútil y la huída una absurda realización de fracaso. Inconscientemente bajó la vista y pasándola por encima del cadáver del comisario fué a posarla con suavidad en los arneses del caballo que le habían matado. Ahí, sobre el apero, estaba la enagua de la Maura, como un despojo inicuo y un sobresalto de impotencia le precipitó hacia aquel delito denunciado en su conciencia con más fuerza de terror que el propio crimen, recuperándolo como una presa largamente codiciada y ocultándolo de nuevo entre sus ropas.

—¡Vamos, vamos! invitó el cuatrero por última vez.

Menoldo montó de un salto al caballo de su víctima y emprendió la marcha junto a Juan del Campo. A veces, una idea débil, sin formas, le taladraba el cerebro. Tenía ganas de cantar y llorar al mismo tiempo. Era algo así como si alguien, desde su interior, le quisiera hacer saber que le había nacido una alma con carácter, y convencido así de su propia fatalidad, dióse vuelta, para verla por última vez. La Maura llegaba en ese instante al lugar de la tragedia. Así, en aquel sitio, estaba más hermosa que nunca. Apresuraron el galope. Juan del Campo adelante. El detrás. La mujer volvía a ser, de nuevo, un punto de distancias destruídas.

Y el horizonte, cada vez más cerca de ella, cada vez más hundido para Menoldo, acabó por tragarlos en la soledad unánime del bosque.

*Juan del Campo, el cuatrero perseguido por la ley*



*Se escuchó el choque de metales. El movimiento rápido de dos brazos recios, y de vez en cuando alguna palabrota gruesa, lanzada por cualquiera de los rivales, disputándose la vida*

NIAHCER SEDITSIRA



*Maura, era mujer hermosa que sonreía siempre*

# 4 Corte su RESFRIO




en un día bastan para cortar un Resfrío quitándole su gravedad. Tóme uno cada dos horas. Millares de personas así lo hacen, y con entusiasmo también a otras lo recomiendan. Contra Resfríos, Geniol es lo mejor.

La triple fórmula del Geniol, le permite una triple y simultánea acción, pués el Geniol Calma, Entona y Descongestiona, procurando desde la primer dosis un alivio de la Cabeza, que se despeja, y de los pulmones que trabajan menos, pués la aspiración se hace mas profunda, debido a la descongestión que se produce y a las fuerzas que renacen.

**Geniol**

**QUITA EL DOLOR**

**DA BUEN HUMOR**

**30 cts.**

EL LIBRITO
DE 4 DOSIS




Preparado por los "LABORATORIOS "SUARRY" - Buenos Aires